



La Lectura Popular

AÑO XX.

Ortúuela 15 de Noviembre de 1901.

Núm. 437

¡QUE DOLOR!

¡Qué dolor que sea necesario el dolor para curar el dolor!

Al pié del horno divino donde se inflaman los corazones en el fuego de la caridad, ciertos adoradores nocturnos de Jesús Sacramentado resolvieron hace poco unir su voz á la del valiente sacerdote que conmovia á España entera diciendo la verdad desde las alturas.

(Que es donde más resuena y mas efecto produce.)

El sacerdote se lo jugaba todo al decir en letras de molde que *el liberalismo era pecado*; la España sinceramente católica repetía el grito, y los adoradores en cuestion creyeron faltar á su conciencia haciéndose el muerto.

Tomaron pues la pluma y despues de declarar que pertenecian á una asociacion eucarística cuyo fin es acrecentar el amor de Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, declararon que *el liberalismo era pecado*, con lo cual decian una gran verdad, pues el liberalismo es una mentira que extravía y conduce á la muerte.

¿No es cierto que andaban lógicos?

Pues verán ustedes.

No bien la dirección de la piadosa obra se enteró de la carta, apresuróse á desvanecer el efecto de la protesta recordando que el reglamento de la asociación prohibía á los que á ella pertenecen suscitar discusiones que pudieran *turbar la paz*, y declaró la absoluta neutralidad de aquella respecto de las doctrinas que dividen á los católicos en el orden político.

Prescindamos de la trascendencia que envuelve el declarar doctrina anti-pacífica y discutida *entre católicos*, la tesis de que *el liberalismo es pecado*, con lo que implícitamente se afirma la posibilidad de ser liberal y ser católico, que es precisamente lo contrario de lo que se nos viene enseñando hace mucho tiempo por boca de nuestros infalibles.

Prescindamos de eso por lo pronto y

permítasenos una anecdota.

Un muchacho vivo y chispeante que por lo delicado de su salud fué llevado á respirar las brisas del Mediterráneo para que entrase en ganas de comer, no bien sintió los efluvios de la costa comenzó á devorar lonjas de jamón y á vaciar la maternal despensa de modo maravilloso.

—Hijo mio, exclamó un dia la madre asustada por el estropicio, mira que te vas á morir tú y vas á arruinarme á mí.

—¡Pero mamá! contestó con gracia el muchacho, ¿no me traje V. al mar para abrirme el apetito?; pues ¿por que no me deja usted comer ahora que lo tengo abierto?

Algo análogo hubieran podido contestar los socios de la obra espiritual en cuestion cuyo objeto es inflamar los corazones en el amor divino.

—Si venimos á encender nuestros corazones ¿por qué al saltar las primeras chispas se nos asusta con el peligro del incendio? ¿no valiera más dejarnos en la antigua temperatura?

—Es que hay que conservar el horno— replican.

—¡El horno! ¿que idea teneis de los hornos que temeis que el fuego los destruya? ¿cuando fué necesario asegurarlos de incendios?

Y aun cuando fuera así, ¿quien os ha dicho que *neutralizando* una obra piadosa vais á asegurarla contra las iras del enemigo?

Una de dos; ó vuestra neutralidad es una pantalla para ocultar vuestra intranquencia á fin de que el diablo no la descubra y poder engañarle mejor, ó es tan verdadera que al diablo le resultais indiferentes.

En el primer caso, sois muy simples si os creéis más listos que el diablo.

En el segundo.... no quisiera deciros lo que sois.

—Es que las cuestiones políticas....

—¡Qué cuestiones políticas ni qué calabazas! Cuando se trata de los principios fundamentales de nuestra fe, hay

que defenderlos dentro y fuera de la Iglesia, cualquiera que sea el orden á que pertenezcan.

Claro está que hay tiempo de hablar y tiempo de callar; y que cuando se ora no se grita; pero cuando se ha orado se lucha. Pues como decía S. Ignacio de Antiquia, «el cristianismo no es solamente una obra de silencio sino de vigor y magnanimidad»

¡Que dolor! que sea necesario el dolor para curar el dolor!

¡Que dolor; que sea necesario que el infierno destruya nuestros templos materiales para que abramos los ojos y veamos donde está la fuerza que los levanta.

¡La verdad: la verdad: la verdad!

Ya es hora de convencernos que la verdad es la que salva y que lo demás son faramallas.

ADOLFO CLAVARANA

¡Lo ven ustedes!

Si el liberalismo es ó no pecado, los frutos lo dicen

¿Lo ven ustedes? despues de dar setenta y cinco millones de vueltas á la tan asendereada cuestion de la libertad de enseñanza nos encontramos los católicos con que tenemos que llevar á nuestros hijos á las universidades oficiales á que los descatolicen los catedráticos impios, ó tenemos que dejarlos sin carrera, porque con mafiosas tracamandas se ha procurado arreglar las cosas de modo que solo tengan probabilidades de salir bien de los exámenes los alumnos oficiales aunque sean unos brutos y que los alumnos libres corran el peligro de fracasar aunque sepan más que Salomon.

A esto quedó reducida la famosa libertad de enseñanza; á la cruel tiranía de imponernos á la fuerza la perversión intelectual de nuestros hijos.

Todos las libertades del diablo han resultado lo mismo.

Libertad de enseñanzal

El que tenga un hijo en carrera que se atreva á desligarlo de la enseñanza oficial.
 ¡Libertad de cultos!
 El que tenga idea católicas que se atreva á manifestarles en medio de la calle.
 Pues aun veremos más; aun hemos de ver, si Dios no lo remedia, reproducida la invención de aquel emperador mahometano que aprisionaba niños cristianos para educarlos en el odio al cristianismo y lanzarlos contra sus padres.
 ¿Qué tal el arbolito?

Con el título de *La tiranía de la enseñanza* han publicado las hojitas de Zaragoza un artículo, del que tomamos los siguientes párrafos que son elocuentísimos.

¿Con que derecho, exclamaba una madre quejándose de la dura alternativa de dejar á su hijo sin carrera ó exponerlo á las lecciones de la impiedad, ¿Con que derecho, os arrogáis la libertad de enseñar á nuestros hijos las barbaridades de los impios y sectarios extranjeros, que ni ellos quieren aprender ni nosotros queremos que aprendan? Somos ante todo cristianos y católicos, y tenemos mayor derecho para serlo que vosotros para ser unos apóstatas y ateos. La fe católica es la mejor herencia que hemos recibido de nuestros padres, y el mejor tesoro que queremos legar á nuestros hijos: porque la santa doctrina católica les hace virtuosos, honestos y honrados, más vuestras corruptoras enseñanzas les hacen unos perdidos y unos granujas sin Dios, sin conciencia y sin ley, como lo estamos viendo ya todos los días. Pues, ¿con qué título podéis obligarnos á gastar nuestro dinero en libros, en matrículas y derechos de exámenes? ¿Qué libertad es esta que á vosotros os da derecho para envenenar á la juventud, y que impone á los jóvenes la horrible obligación de tragar el veneno que vomitáis en vuestras cátedras? ¿Con que vergüenza proclamáis la libertad de pensar, obfígando luego á nuestros hijos á pensar como vosotros, á desatinar como vosotros, á aprender de memoria vuestros libros condenados, y á blasfemar como vosotros, sopena de perder el curso? ¿No es esta libertad la más insufrible y bárbara tiranía? ¿Tan preciosa juzgáis vuestra menguada ciencia, que se haya de comprar á costa de la conciencia? ¿Tan necesaria vuestra despreciable aprobación, que se haya de alcanzar aun á costa de la reprobación de Dios? ¿Para eso os hemos de entregar los hijos de nuestras entrañas para que vosotros los pervirtais, obligándoles á aprender los errores más pestilenciales que han inventado los hombres más ruines del mundo? ¿Para eso les hemos educado cristianamente con tantos cuidados y desvelos, para que vosotros los escandaliceis á mansalva en vuestras cátedras, y con maña diabólica les robéis el tesoro de la fé y virtud

cristiana que habían de hacerlos felices en el tiempo y gloriosos en la eternidad? ¡Oh injustos é infames defensores de la libertad del pensamiento y de la libertad de conciencia! ¡Oh sacrilego latrocinio, que aun con nuestra haciendas hemos de agradecer á los ladrones! ¡Oh malhadados cursos universitarios que no se pueden ganar sin gravísimo riesgo de perder el alma y el cielo para siempre! ¡Oh funestos grados y aprobaciones oficiales que no servirán tal vez para nada á nuestros pobres hijos sino para merecer la eterna reprobación ante el tribunal de Dios!...

Tales eran las justas lamentaciones de aquella triste señora al saber que su hijo iba ya á caer en las fauces de un lobo que hacía grande estrago en los jóvenes de la universidad. Y ¿quién tiene la culpa de tan tremendos apuros que están pasando en nuestro católico país tantas cristianas familias? ¿Cómo toleran ó consienten los representantes de nuestra católica nación que haya en nuestras universidades é institutos, semejantes catedráticos y cátedras de pestilencia?

¿Será acaso por falta de poder y sobra de compromisos? ¡Cál Poder tuvieron para remover de sus cátedras á los Salmerones, Azcárate, Gineres de los Rios y otros sectarios, pero no en concepto de incrédulos y sembradores de cizaña, sino solo por rebeldes que protestaron contra la orden del gobierno; y luego volvieron á llamarles y se les restituyeron las cátedras con todos sus emolumentos pasados y futuros.

¿Será porque esos catedráticos, aunque racionalistas ó ateos, se aventajan por su sabiduría á los doctores católicos? ¡Que han de aventajarse! ¡Ni llegarles á la suela de los zapatos! Profesor materialista y corruptor de la juventud ha habido más arraigado en su cátedra universitaria que una mala hierba, y se mostró tan sabio en materia de paleontología que tomó por antiquísimo hiparión el reciente esqueleto de un burro.

¿Será en fin porque tal como están ya las cosas, ni la nación, ni las familias ni los mismos estudiantes sufran ya otra clase de profesores? Falsísimo: el alma de la nación es mucho más católica que la del gobierno, las familias de los escolares son generalmente más católicas que las universidades, y los mismos escolares así católicos como ya descatolizados aprecian del mismo modo á sus profesores con tal que sean doctos y discretos.

Pues ¿cuál es la causa de ese vergonzoso escándalo que empezó á darse desde los primeros días del ministerio de Cánovas y se va consumando en nuestros días con tan horrible estrago de la fe y de las buenas costumbres de los españoles? Digámoslo claramente, ya que se ha hecho tan notorio, que hasta parece ocioso el decirlo, El liberalismo de los mismos gobernantes. Si: aquí está la raíz del mal, aquí, donde no puede llegar la segur. Pero bueno es publicarlo, para que todos, católicos y liberales, gobernantes y gobernados, amigos y enemigos se vean obligados á confesar siquiera por la fuerza de la

evidencia que la libertad de enseñanza concedida por el Estado á los maestros apóstatas impios y ateos no es un mal involuntario que haya cundido necesariamente por nuestra nación, sino un mal voluntario, y una sacrilega tiranía inventada por los gobernantes liberales y francmasones, que después de haber acarreado, como sabe todo el mundo, la ruina material de España, pretenden arruinar también la cristiandad de los españoles para que todo se lo lleve el diablo.

Gran verdad es todo esto, señores, gran verdad; pero no lo digan ustedes muy alto para que haya paz.

Y sobre todo para que no se disgusten los liberales bautizados y podamos atraerlos al buen camino.

Esa es la pésima moda nueva que tan buenos frutos está dando.

Y si nó, á la vista está.
 ADOLFO CLAVARANA

Hemos recibido y se nos ruega la insercion del siguiente suelto á lo que accedemos con muchísimo gusto.

**¡Viva María!
 ¡Viva España!**

Hoy que parece que el infierno ha sentado sus reales en nuestra amadísima Patria, hoy que apenas parece queda ya un resto de fé, de aquella fé vivísima que nos legaron nuestros antepasados, hoy que la masoneria con el mayor cinismo y descarro se atreve á presentarse en público y tratar á la Iglesia de Cristo como de potencia á potencia, hoy que estando las ciudades tranquilas, turbas de muchachos y hombres pagados, incendian conventos, insultan y atropellan religiosos y se atreven á profanar los lugares santos; hoy que llega la impiedad á tener el atrevimiento incalificable de insultar á nuestra amantísima Madre la Virgen Santísima, (cosa que no habia sucedido jamás en España); propongo como católico y como español, á todos mis hermanos los católicos de España, que como desagravio, de los ultrages inferidos á Nuestra Madre Reina y Señora la Virgen Santísima Madre de Dios en el Pilar de Zaragoza, se haga una placa que represente á la Stma. Virgen del Pilar, con una inscripcion que contenga las mismas palabras que dijo nuestra bendita Madre al Apostol Santiago al entregarle tan precioso tesoro. Esta placa podia distribuirse entre los peregrinos en Zaragoza y al salir cada cual para su pueblo colocarla en las puertas de sus casas.

Dios se lo premiará y les dirá el último día.

Por cuanto no os habeis avergonzado de mi delante de los hombre yo tampoco me averguenzo de vosotros delante de mi Padre.

Bernardo Santiago Franco
 Sevilla 23 de Octubre de 1901,

SUETOS Y VARIEDADES

LA PERLA NEGRA

(Cuento azul)

La condesa tenía bastante arrugado el entrecejo aquella tarde. Con la mano puesta en la mejilla y el codo apoyado sobre su elegante mesita de ébano maravillosamente tallada, pensaba, y verdaderamente no pensaba mal, mientras se agitaba con alguna impaciencia su piécito de española, calzado á la inglesa.

—Tiene razón, tiene razón, verdaderamente tiene razón mi marido.

Y después de haberle dado por tres veces la razón al conde, tomó con su fina mano un estuchito blanco de eso que llama *peluche* los afrancesados y que es una especie de felpa y lo abrió.

El estuche estaba forrado por dentro con raso negro y en el centro de aquella negra un lindísimo imperdible lanzaba centellas de variados colores. Era un verdadero laberinto de hilillos formados por gotas de rocío. Pero lo más admirable era, sin duda, aquella perla oriental blanca, redonda, casi transparente, como un pedacito de luna, sostenida, como por arte de magia, por aquellos hilos de brillantes.

La condesa lanzó un suspiro profundísimo y murmuró:

—¡Diez mil reales! ¡Pero que careros son estos tios que venden joyas!

La condesa que llamaba tios á los plateros, sin saber si tenían sobrinos, dejó el estuche, se levantó, revolvió en sus muebles, sacó billetes de banco, los contó, los recontó y los volvió á contar y ¡nada! no llegaban todos aquellos papeles á valer diez mil reales!

—¡Pero, Dios mio, murmuró casi llorosa cómo he gastado tanto dinero en tan poco tiempo?

Esta pregunta se la hacía la condesa todos los meses hacia el día quince. En la primera quincena del mes daba aire á lo que su marido le tenía señalado para sus caprichos; un buen puñado de pesetas; y he ahí que todos los días quince de cada mes, llegaba nuestra dama con mucho apuro a su marido para que le llenara la bolsa.

Y el marido se decía para su capote:—¿Pero en qué diantres gastará mi mujer tanto dinero?

Pues, en eso, en joyas, en trajes, en sombreretes, en mil futilidades y tonterías.

Aquel mes, como los otros, habían llegado la condesa á su marido en busca de socorro, en la época acostumbrada; hacia el quince proximamente; pero el conde se había llamado Andana y le había dicho.

—Hija, ciertamente que soi rico y puedo darte lo que me pides, pero, la verdad, se me hace cargo de conciencia darte más dinero, porque para mi que tú tiras el oro por la ventana.

—No, hombre, es que compro joyas, tra-

jes....

—¿Y para qué tantas alhajas y tantos perifollos?

—¿No te cansan?

—Pues por eso, porque me canso de lo que tengo compro otras cosas.

—¡Y mientras por ahí existen gentes medio muertas de hambre!

En vano la condesa suplicó y lloró y le enseñó la nueva alhaja, la de la perla redonda y los hilitos de brillantes, á su marido. ¡Nada! ¡Ni un centimo!

Decididamente por aquella vez se quedaba sin realizar su capricho.

Entonces fué cuando se puso á contemplar la alhaja después de darle por tres veces la razón al conde. Entonces cuando empezó á registrar los cañoncillos de sus muebles á ver si en el fondo habían quedado algunos billetillos escondidos.

Y algo había pero ¿cuanto?.... ¡Dos mil pesetas! ¡Le faltaban dos mil reales para comprar el imperdible con la preciosa perla oriental!

Quizás si la dama se lo pidiera, el joyero rebajará el precio. ¿Quien sabe? Pero.... ¡jella regatear! ¡jella!.... ¿Y qué iba á hacer?

Con mano febril tocó el timbre eléctrico y apareció su doncella.

—El coche al momento, y ven á vestirme.

.....

Allá va la condesa tan petipuesta y tan maja en su preciosa berlina acabada de traer de Londres: allá va oprimiendo entre sus dedos un elegante bolso de seda con sus iniciales pintadas debajo de una coronita condal; allá va la alhaja, la perla bellísima y.... ¡las dos mil pesetas! Allá va la condesa y ya sabemos á do va, pero no sabemos si llegará porque el coche se halla detenido y no es delante de la casa del platero.

¿Qué pasa? ¿Por qué se detiene? Preguntó al cochero.

—Señora hay mucha gente apiñada, contestó éste, y temo atropellar á alguien.

—Pero ¿qué ocurre?

Bajó el lacayo del pescante y se acercó á la gente para indagar lo que ocurría.

—Señora, es una pobre negra que se muere de hambre.

¡Cómo! ¿De hambre? ¿Era verdad lo que su marido le había dicho? ¿Por cuarta vez tenía razón el conde? ¿Y ella se iba á gastar dos mil pesetas en una tontería frivola?

Nuestra heroína se hizo abrir la portezuela del carruaje y rápida corrió á donde estaba la paciente rodeada por una muralla de carne humana.

—¡Dejadme pasar! decía á todos; y la gente le abría camino.

—¿Quién es? se decían los unos á los otros ¡tiene coche!

Consiguió nuestra condesa, no sin poco trabajo llegar junto á la enferma de hambre, en el momento en que un médico que por casualidad se pudo encontrar conseguía que volviera en si de su desvanecimiento.

—¡Hay que llevarla al Hospital; que trai-

gan un carruaje.

La mujer que era negra, al oír la palabra Hospital se estremeció, y haciendo un violento esfuerzo exclamó con voz débil:

—No, hospital no, á casa. Chiquita en casa encerrada.

—¿Donde vive V.? preguntó el médico.

La mujer dijo la calle y se volvió á desvanecer.

—Se muere, se muere sin remedio; murmuró el médico,

—¿De qué? preguntó asustada la condesa.

—¡De hambre señora!

A estas palabras siguió un instante de silencio en toda la multitud. Parecía que las gargantas se habían helado.

La condesa rompió el silencio para pedir que se acercara su coche. Subió en él á la enferma, hizo subir el médico, y tomando ella asiento al lado de la negra recostola sobre su pecho, sosteniendole la cabeza; dió al cochero las señas de la casa de aquella infeliz moribunda, y el coche partió rápido, llevando en su interior aquel grupo que parecía formado por trozos de ébano y pedazos de nacar. Y la multitud decía:—¡Que buena! ¡Que buena!

Y en efecto no era mala la condesa.

.....

Llegaron á una casucha sucia y destastada, y el cochero y el acayo ayudados por el médico, subieron á la enferma hasta una habitación, allá, lo más cerca posible del cielo, en el último piso, que era donde vivía la negra, según dijo la portera.

Entraron y en un rincón, envuelta en harapos, dormía muy tranquila una negrilla recién nacida. Sin pérdida de tiempo se tendió á la moribunda sobre el jergón al lado de la niña, y el lacayo salió por los remedios necesarios, siendo el más importante, en aquella situación, el cura de la parroquia porque aquel alma se iba más que de prisa.

A fuerza de trabajos se consiguió que volviera en si la enferma. Diósele un poco de caldo, muy poco, para que lo resistiera su estómago atrofiado, y cuando llegó el cura pudo la moribunda por señas y por medias palabras confesarse.

Se le dió luego más caldo, pero lo devolvió. Sus ojos, con una expresión dolorosa, no hacían otra cosa que fijarse en la condesa. Esta había mandado á comprar ropas de niños y tomando á la negrilla en sus brazos, y despertándola la bañó en una palangana que le llevó la portera. La *chiquilla* lloraba como si la estuvieran matando y se reforcia buscando alimento. La portera le preparó con leche un hiberón y la condesa se lo dió. ¡Había que ver como tragaba aquel angelito! ¡Como tragaba!.... Luego se quedó dormidita con una sonrisa de satisfacción en los labios.

La negra hizo seña á la condesa de que se acercara. Esta puso la niña al lado de la moribunda; la vida riendo al lado de la muer-

SECCION INSTRUCTIVA

El Lujo

Breve de Su Santidad á María Gentes sobre el lujo de las mujeres.

Querida hija en Jesucristo: Salud y bendición apostólica.

En estos tiempos de peligros cada día más graves para las almas, nuestra principal tarea es acudir á extirpar las raíces del mal, entre las cuales ocupa seguramente uno de los primeros lugares el lujo de las mujeres. Por eso, en el mes de Octubre último, cuando hablamos del respeto debido á la santidad de los templos y de los medios que se deben tomar á fin de evitar ciertos desórdenes que se venían cometiendo en nuestra ciudad de Roma, quisimos decir alguna cosa también de esa detestable plaga del lujo, que se extiende por todas partes, y de los medios para exterminarla.

Vemos con la mayor satisfacción, querida hija en Jesucristo, que no contenta en conformarte con nuestro aviso, comprendiendo muy bien la inportancia y gravedad del lujo, has escrito un libro sobre sus funestas consecuencias á fin de excitar á tus compañeras sobre todo las que pertenecen á las sociedades de Madres cristianas é Hijas de María, á unirse contra este mal, que es ruina de las costumbres y de la familia. Porque es lo cierto que por los cuidados de la persona y del peinado, cosas que se renuevan muchas veces al día, se absorbe el tiempo que se debía consagrar á obras de piedad y caridad, ó á los deberes de familia. El lujo es provocativo en las reuniones brillantes, en paseos públicos y otros espectáculos, porque enseña á andar de casa en casa, bajo el pretexto de atenciones que cumplir y allí entregarse á la ociosidad, á la curiosidad y á las conversaciones indiscretas. El es el que sirve de alimento á malos deseos, el que consume la hacienda que se debía guardar para los hijos y para socorrer á los pobres. Él es el que suele divorciar los esposos, y con más frecuencia impedir la celebración de los matrimonios, porque hay pocos hombres que consientan en cargar con gastos tan enormes.

Como decía Tertuliano, "se gasta en una cajita muy pequeña un inmenso patrimonio. Se gasta en un collar diez millones de sextercios. Una cabeza frágil y delicada lleva el precio de las selvas y de las islas. De sus delicadas orejas pende la renta de un mes; un anillo de oro adorna cada uno de los dedos de sus manos. La vanidad da fuerza á un cuerpo de mujer para llevar un enorme capital., Además, la experiencia demuestra que este alejamiento del matrimonio es un nuevo alimento para el desorden. Por otra parte, apenas estas frivolidades que desunen la familia permiten la buena armonía de una mutua intimidad. Se sacrifica al lujo la educación de los hijos; por él se abandona el cuidado de los intereses domésticos; él es causa del desorden en la casa, y todo lo ha

te llorando; y se inclinó para oír bien lo que iba á decirle.

La enferma haciendo un esfuerzo la tomó una mano para besársela, pero como no podía la miró tan dulcemente. que parecía besarla con los ojos: y muy débilmente, con una voz que era un soplo le dijo.

—¿V. es un Angel? ¿Es mi Angel bueno?

Y como la condesa emocionada no le respondiera la enferma habló de nuevo:

—Negra desgraciada: viuda hace dos meses, sin pan, sin lumbre; no tenía á nadie ni nada cuando nació mi niña. ¡Pobrecita niña! ¿qué vá ser de ella?

—¡Oh!—dijo la condesa en uno de esos arranques que graba Dios en el cielo con letras de oro.—No se aflija por la niña yo cuidaré de ella, yo ¡que no tengo hijos.

—¡Bendita sea! ¡bendita sea!—y luego abriendo mucho los ojos, la negra exclamó —¡Niña no está bautizada!

—Se bautizará—le contestó la condesa

—Pierda V. cuidado.

Más tarde murmuró la moribunda.

—¡Quiero besar á la niña!

La pusieron á la niña de modo que la pudiera besar. La negrilla sonreía.

—Que seas buena, hija, le dijo como si pudiera entenderla y miró á la condesa con el agradecimiento asomándosele por los ojos.

Después, dió un suspiro y moviendo los labios como si rezara, espiró.

A la puerta de su soberbio palacio se apeaba nuestra elegante condesa llevando un envoltorio en los brazos, y dirigiéndose á un criado que salió á abrirle la portezuela del carruaje le preguntó:

—¿Está el señor conde en casa?

—Si señora.

—Bien. Recoja de ahí, del coche, una alhaja que hay en mi bolsa, lívela á mi platero y dígame que no me lleve, que hoy me han dado otra con la cual estoy contentísima.

Y subió rápidamente las escaleras, y fué en busca de su esposo y le contó cuanto le había pasado y añadió:

—Mira, no quisistes comprarme una perla blanca, y yo, que no soy rencorosa, te regalo una perla negra.

El conde le replicó con voz conmovida.

—¡Que buena eres! Para los hilillos de oro y brillantes de tu alma hacía falta esta perla negra.

Y luego mirando á la niña exclamó sonriéndose:

—¡Pero, que feilla es!

—No digas eso—contestó la condesa—esto es una buena acción y no hay buena acción fea.

Miguel Alvarez Chape.

De El Correo de Andalucía,

transtornado. Después viene la reprobación del Apóstol: "Si alguno no cuida de los suyos, y mayormente de los domésticos, ha negado la fé y es peor que un infiel., Pero como un pueblo se compone de familias, una provincia de pueblos, un reino de provincias, así la familia corrompida envenena con su contagio la sociedad entera, y le prepara insensiblemente estas calamidades que hoy día nos rodean por todas partes.

¡Quiera el cielo que gran número de señoras se unan á tí para desviar de sí mismas de sus allegadas y de la patria tanto mal, y que por su ejemplo aprendan las demás á rechazar lejos de sí lo que pasa de una honesta compostura! Que todas se persuadan de que para ganarse la estima y afecto de sus esposos, no tienen necesidad de tan costosos peinados, ni de tocados tan espléndidos, sino de cultivar su espíritu, su corazón y la virtud; porque toda su gloria viene del alma. Esta es la gracia añadida á la gracia de la esposa santa y púdica. Sólo, en fin, se tributará á la mujer que teme á Dios.

He aquí por qué Nos deseamos á tu empresa el más feliz éxito y como prueba de este éxito y de nuestra paternal solicitud, te damos nuestra bendición apostólica.

LEON XIII, PAPA.

BIBLIOGRAFIA

RETIRO MENSUAL. Muy favorable acogida ha tenido la preciosa obrita del M. R. P. Fidel de Alcira titulada RETIRO MENSUAL anunciada en nuestro periódico en números anteriores, pues en el poco tiempo que lleva de publicada está ya para agotarse la edición de 2,000 ejemplares. De nuevo recomendamos este precioso libro que ha sido bendecido é indulgenciado por varios Reverendísimos Prelados. Precio: 1'25 pesetas. Puntos de venta, en Orihuela, Convento de PP. Capuchinos. En Madrid, librería de Gregorio del Amo, en Barcelona, D. Miguel Casals, en las librerías católicas de Valencia y en Sevilla Administración de «El Adalid Seráfico».

LA LECTURA POPULAR

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una accion . . .	4 pesetas mensuales
Media id.	2 » »
Un cuarto id. . . .	1 » »
Un octavo id. . . .	0'50 » »

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de La Semana Católica, Paz 6, principal. y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR